



# Alcohol prohibido

Dorothy Jordan - Lewis Stone - Neil Hamilton

— PUBLICATION  
SEMANTAL

50  
¢

LOS  
MEJORES  
FILMS





*Julietta E. Eimido de Mingo*

Año I

Núm. 21

## LOS MEJORES FILMS

Publicación semanal de argumentos de películas selectas

Dirección literaria: Francisco-Mario BISTAGNE

Pasaje de la Paz,  
número 16 bis

EDICIONES BISTAGNE

Teléfono 18551  
BARCELONA

# Alcohol prohibido

Sensacional asunto, interpretado por

DOROTHY JORDAN, ROBERT YOUNG, NEIL HAMILTON  
LEWIS STONE, WALTER HUSTON,  
JIMMY DURANTE, etc.

Es un film

**Metro-Goldwyn-Mayer**



Distribuído por

**METRO-GOLDWYN-MAYER**

IBERICA, S. A.

Mallorca, 220 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA  
REPRODUCCION

**DISTRIBUCION PARA ESPAÑA**

Sociedad General Española de  
Librería, Diarios, Revistas y  
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barará, 16  
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 135 - Teléfono 76507



# Alcohol prohibido

## *Argumento de la película*

---

Hace veinte años. Una de las casas más importantes del Estado de Louisiana era la del coronel Chilcote.

Vivía el viejo militar en compañía de su esposa y de sus hijos Persimon y Roger. Era Persimon una mujercita encantadora, y Roger un buen mozo que era escritor y frecuentaba los centros intelectuales de la ciudad.

Gozaba aquella familia de excelente posición y hubiera sido feliz de no entrometerse un vicio muy arraigado en el alma del coronel: la bebida, a la que se dedicaba cada vez con mayor afán.

Aquella noche celebraban una cena en honor de varias familias amigas.

La servidumbre, constituída enteramente por negros, iba de un lado a otro de la casa, atareada en los preparativos del banquete. Persimon, espíritu cuidadoso de mujer de hogar, daba los últimos toques para que todo estuviese a punto.

Habían llegado los invitados, y el señor coronel permanecía todavía en su cuarto, arreglando su "toilette". Un poco impaciente, Persimon entró a ver papá.

—Los invitados te esperan y la cena también. No hagas esperar.

—Voy en seguida. Pero, ¿quién puede con este par de zapatos?

—Yo puedo con todos los zapatos del mundo.

Y ella misma le ayudó a ponerse el calzado de charol.

—¿Ves? Ya está... Péinate ahora... Date prisa.

—Voy, hija mía, voy...

Y, mientras papá acababa de vestirse, ella vió una botella de buen vino que había sobre el tocador y sonrió tristemente. Papá siempre el mismo. Nunca corregiría aquella debilidad.

Listo ya el coronel, marchó hacia el comedor en compañía de su hija.

Después de saludar a todos ocupó la cabecera de la mesa.

—¿Dónde está Roger?—dijo señalando un puesto vacío.

—No puede tardar mucho—contestó su esposa.

Pronto apareció Roger con el cabello siempre en desorden, como un símbolo de la rebeldía de su espíritu, y al ver las risitas con que sus padres acogían su presencia, murmuró:

—No os burléis de mí... He trabajado como un negro y... y...

—¿Se te acabaron las palabras, Shakespeare?—le dijo el coronel.

—Casi. Necesito una palabra que rime con vejez.

—Jerez.

Y papá se echó a reír, y la comida continuó en un plan alegre y correcto en que la conversación tenía un fino matiz espiritual.

A la hora del café, el coronel se reunió con sus amigos en una salita, probando varias clases de licores, hasta llegar a alegrarse más de la cuenta, mientras las señoras en otro salón murmuraban contra lo mal que estaban los tiempos.

Roger estaba con su padre, pues también era aficionado al vino y más de una noche se había ido a descansar con la cabeza vacilante por el alcohol.

Por fin, cerca de las tres de la mañana, las señoras quisieron dar por terminada la reunión, aunque algunos de los maridos lamentaban tener que marcharse.

—Siento que tengáis que ir—decía el coronel—. Tomad la última copita. Las mujeres siempre esperan.

—Gracias. Pero no conoces bien a la mía. Tú te casaste con la mujer más buena de Louisiana. La mía, en cambio, me resultó una verdadera fiera—contestó uno de sus camaradas.



Los invitados fueron saliendo después de agradecer una vez más las exquisitas atenciones recibidas.

—La cena estuvo exquisita, Persimon—le dijo luego el coronel, mientras bebía otra copa.

—No faltó nada. Pero de mamá es la gloria.

La madre, buena y humilde, agradeció los elogios.

—No, no. Fué cosa de Persimon. Yo ya no sirvo para nada. Me estoy volviendo vieja.

—Estás más joven que nunca, mujercita.

Y el coronel, después de besar a las dos mujeres, se dirigió a su cuarto para acabar una nueva botella de whisky.

Sentía la necesidad de beber, y la fuerza de la costumbre le obligaba a hacerlo hasta caer rendido. Sólo entonces se sentía feliz, cuando podía descansar largas horas con el sueño profundo, pero demoledor, que la bebida le causaba.

\* \* \*

En vano su esposa y Persimon le habían invitado a abstenerse de aquellas bebidas. El no hacía caso y frecuentaba los bares, siempre reunido con viciosos compañeros.

Cierta tarde, su hija, le sorprendió al salir de un café de los barrios bajos.

Ella saltó de su cochecito y fué al encuentro de su padre.

—Ven a pasear conmigo, papá.

—Ahora no puedo. Más tarde. Tengo que hablar con uno.

—Ya has hablado con él bastante.

—Este es otro. Es un comprador de azúcar.

—No... no... Debes venir... ¿No sabes?... Casi se me olvidaba decírtelo... La yegua negra va a...

—Le faltan dos semanas. No me engañes...

—Ven conmigo. Anda.

Casi arrastrándole, consiguió llevarle al carruaje, pero la bebida, ingerida seguramente en malas condiciones, le puso enfermo y tuvieron que detenerse.

Bajó el coronel sufriendo los efectos de un extraordinario mareo.

—Deben ser las almejas.. No eran frescas.

—Las almejas, ¿eh?... Pero, papá... eso debe terminar... Te estás matando con el demonio de la bebida.

Y, en efecto, sus ojos parecían hundidos, la carne había sido como arrancada de su rostro.

—¿Por qué no haces caso a mamá? Ella nunca me permitió que te avisara, pero yo...

—Porque ella sabe que no hay remedio.

—¡Sí que lo hay! ¡Y te voy a ayudar!

—Lo he intentado varias veces... y no puedo... Me domina ese vicio. Tú no puedes comprender su influencia.

—Yo no te dejaré. Andaremos juntos. Trabajaremos, papá. Te queremos tanto.

—Ese es el mal. Me queréis demasiado. Todos me quieren... y no soy más que un pobre borracho.

—No lo creo. Haremos que no bebas, y si no lo aguantas, probaremos con la medicina.

—No, eso nunca. Prefiero hacer la promesa. Va a ser muy pesado, pero te prometo probar... Pero no debes dejarme nunca.

—¡Nunca!

Ante las palabras de su hija, sintió el coronel el deseo de corregirse, de enmendar aquel vicio implacable. Y durante algún tiempo cumplió su palabra, tuvo bastante fuerza de voluntad para resistir a aquella tentación tan fascinadora, de beber.

Persimon y su madre estaban satisfechas. Papá volvía a ser el de muchos años antes, cuando no probaba la bebida. Pero ellas ignoraban la lucha interior, la constante nerviosidad del coronel entre su inclinación hacia la bebida y el cumplimiento de la palabra dada.

Habían transcurrido ya varios meses, y una tarde, al pasar cerca de un cafetín que antes había sido para él como un segundo hogar, encontróse con uno de sus amigos.

—Entra, hombre. Verás a nuestros amigos. Hace mucho tiempo que andas separado de nosotros.

—No puedo ahora. Ya os veré otro día.

Y huyó precipitadamente. Pero apenas había avanzado unos cuantos metros, la tentación fué más poderosa, con el encanto de lo prohibido.

Aún vaciló, pero sus piernas le llevaron fatalmente hacia allí. Y los antiguos camaradas le acogieron entre burlas y bienvenidas.

—¿Dónde has estado últimamente?



—Mis negocios andaban algo atrasados y tuve que dedicarme...

—Bien, pero ahora vas a beber aunque sólo sea una copa de jerez.

—Si es sólo una copita...

Pero la copita se convirtió en dos y en media docena. Y antes de perder del todo su dominio sobre sí, aún tuvo ánimos el coronel para hacer telefonear a su casa diciendo que no iría hasta muy tarde, pues estaba acabando unos negocios.

Y las horas fueron desgranándose veloces. Beber y jugar, éste fué el programita. La luz del nuevo sol aún les encontró a todos junto a la misma mesa, en un lamentable estado. Y siguieron su juego y su libación.

¡Pobre coronel! No habituado ya a beber, aquella excesiva e inesperada bebida le hizo mucho daño. Para colmo de desgracias perdió cuanto tenía y aún firmó varios recibos por valor de toda su fortuna, comprometiendo con ello el patrimonio familiar.

Y horas después, sus amigos, viéndole desplumado, se alejaron, abandonándole a su propia suerte. Y en la taberna permaneció hasta el nuevo día, en que su hijo consiguió hallarlo al fin y llevarlo a casa.

Pero estaba muy enfermo. La excitación del juego y el dolor que experimentaba al saber que lo había perdido todo, le producían una fiebre altísima.

Llamado inmediatamente, el doctor, entre la alarma de toda la familia, diagnosticó síntomas de congestión cerebral.

Era preciso que no bebiese ni una gota más, pues hacerlo sería la muerte.

Las largas horas de inmovilidad en la cama, el saber que estaba arruinado, le pusieron en una nueva y apuradísima excitación. Sólo hubiera querido beber, porque el vino sumergiría su espíritu en una niebla que impediría ver las impurezas de la realidad.

En vano había pedido whisky; inflexiblemente se le negaba ese deseo. Y llamó a su hija, a su ojito derecho, siempre tan cariñosa para con papá.

—Nena... Tengo mucha sed... ¿No me quieres dar whisky?... Por favor...

—No, papá... Debes comprender... Estás enfermo por culpa del whisky.

—¡Sólo un poquito! Me estoy volviendo loco. No seas cruel.

—Tienes que obedecer al doctor. Mañana te sentirás mejor...

—No... no... Me estoy muriendo... y no me quieren dar whisky—decía retorciéndose en la cama—. Dame un poco para poder dormir.

—Dormirás mejor sin él. Créeme, papá.

Se alejó de puntillas, sintiendo ganas de llorar. Y papá quedó en un estado de creciente agitación.

¡Horas terribles en la oscuridad de la alcoba, a solas con los propios deseos y la fuerza trágica de la tentación!

El imperativo categórico fué tan violento, que consideró que de no poder satisfacerlo, era preferible morir...

Se incorporó en el lecho y en la semipenumbra vió a su esposa, sentada en un sillón, dormida a causa del cansancio...

Se levantó y fué de puntillas hacia el lugar donde siempre tenía las botellas. Pero estaban vacías y en toda la casa no se encontraría seguramente un sorbo de vino.

Enfurecido ante aquella contrariedad, tanteó inútil y furiosamente y de pronto sus manos tropezaron con una navaja barbera.

La frialdad de aquella hoja de acero se trasmitió a toda su carne produciéndole un deseo morboso. Y acariciándola salió de la habitación, dirigiéndose con cierta actitud de sonámbulo, hacia los establos. Y allí, entró en la pocilga, y perdido el control de sus actos, empuñó más reciamente la navaja y la clavó contra su corazón.

Ahogó un grito, se tambaleó y cayó de bruces...

Y fué a primeras horas de la mañana siguiente cuando una de las criadas, al entrar la comida en el establo, descubrió el cuerpo del pobre coronel.

A su angustiosa voz de auxilio acudieron otros servidores, y luego la familia del coronel.

Entre sollozos sacaron el cuerpo, ya frío y rígido por el soplo de la muerte.

Nada que hacer ya... Y sobre toda la vieja casa hubo un hondo lamento fúnebre por el "pobre señor tan bueno".

\* \* \*

Después del entierro, nuevas corrientes de dolor. Mamá y los dos hijos, enlutados, recordaban al que se fué.

—La corona de gardenias era muy bonita—sollozaba la viuda.



—Siempre llevaba una en el ojal. ¡Pobre papá!

Roger acompañó a mamá hasta su habitación y dió orden de que preparasen una taza de caldo. La joven permaneció en el salón y de pronto llegaron a sus oídos voces varoniles desde una estancia cercana. Se asomó a ella. Eran los antiguos amigos de papá que habían venido del entierro.

Habían destapado unas botellas, y uno de ellos decía:

—Como amigo íntimo del coronel, creo que un brindis por su alma es lo mejor. ¡A brindar! ¡Para que descanse en paz nuestro compañero Chilcote!

Y cuando todos se disponían a chocar sus copas en un brindis que a los ojos de Persimón era una profanación, ella avanzó con aire resuelto y quitando la copa al que había brindado, la hizo añicos contra el suelo.

—Amigos de mi padre, ¿eh?... Y celebrando su muerte con whisky... Fué el whisky quien lo mató. Ese maldito veneno hizo que se cortara las venas. Todos ustedes emborrachándose siempre con mi padre. ¡Fuera, fuera de aquí! ¡Llévense su vino! ¡No quiero ni olerlo!

Y arrojó al suelo varias botellas y extendió el brazo señalando la puerta.

—¡Váyanse todos de aquí, pronto!... No quiero ver ni una gota más de whisky en esta casa. Ojalá llegue un día en que lo tiren todo al río.

Viéndola tan excitada no osaron oponer la menor resistencia y se alejaron cariacontecidos, comprendiendo que no podrían volver a poner allí los pies.

La joven se echó a llorar. La gran mancha de vino le parecía a veces que era de sangre y le recordaba a su padre caído al filo de la navaja barbera.

\* \* \*

Días después, en una casa de huéspedes de Nueva York, se comentaba el suicidio del coronel Chilcote.

Hablaba de ello uno de los huéspedes con Kip, el hijo de los dueños y encargado de toda la administración de la casa. Ambos conocían al hijo del muerto y lamentaban su triste fin.

—Al fin el whisky acabó con él.

—Chupaba más que un secante.

—Roger viene a Nueva York a vivir aquí.

—Es como los demás escritores. Vive en cualquier parte.

Apareció en aquel momento el señor Tarleton, el dueño de la pensión, un sujeto que no había trabajado en su vida y vivía a costa del trabajo de su esposa y de su hijo. Era aficionado a todo lo que no fuese su obligación, y así se dedicaba en gran escala al vino y a los mítines políticos.

—¿Qué? ¿Otro huésped?

—Sí, papá. Roger Chilcote.

—¡Ah, bien!... Voy a dar una vuelta. Dame un par de dólares... Necesito para el taxi.

Pero la esposa, siempre vigilante, acudió furiosa.

—Te los gastarías en el bar.

—Es el colmo. ¡Qué modo de contestarme! Tu madre me trata de modo distinto cuando yo era alguien. Pero la pobreza la ha cambiado.

Y se disponía a salir acariciándose las guías de su largo bigote, y al hallarse ante el huésped, éste le dijo sonriente:

—¡Cómo empina usted, amigo!

—¿Yo?

—Le oí anoche tropezar frente a mi cuarto.

—Estuve en una reunión electoral. Vamos a reelegir a Woodrow Wilson para presidente. Sus partidarios me han pedido que haga discursos por toda la ciudad.

—Y usted sigue el consejo.

—Se hace lo que se puede.

Ya en la calle encontró a uno de los criados de la pensión que iba de compra.

Sonriente, le obligó a entregarle el dinero con el pretexto de que él efectuaría las compras y se dirigió a un bar donde tomó unos deditos de whisky. Animado por esa libación, marchó luego a reunirse con sus partidarios, que habían organizado un mítin electoral.

Pronunció un discurso de inflamado tono.

—Ciudadanos: Nuestro más grande tesoro es el voto. Debemos ir a las urnas si queremos salvar al país. El partido democrático es el que representa al pueblo. Votad por Wilson si queréis tener paz, prosperidad y libertad.

Le aplaudían sus partidarios, pero no muy lejos de allí, con aquella tolerancia de las verdaderas repúblicas democráticas, nu-



meroso gentío escuchaba y aplaudía a un defensor del candidato Hughes, que prometía igualmente la felicidad del país.

Cuando Tarleton acabó su peroración se dirigió a un café, seguido de varios de sus amigos, para beber en honor de su candidato favorito. Y hubo verdadera animación hasta la madrugada.

En aquella época se producía constantemente en las grandes ciudades el espectáculo de los borrachos. La gente se entregaba a continuas libaciones, y esto, en una parte de la nación, producía una reacción contraria hasta el extremo de preconizar la prohibición de toda bebida. Pero no parecía que se hubiese de llevar a cabo dicha obra.

Tarleton regresó a su casa y encontró aún levantado a su hijo, un buen mozo que sólo se cuidaba de su obligación. Y comentaron las posibilidades de la elección.

Esta se celebró al día siguiente y las fuerzas de ambos contendientes aparecieron muy equilibradas y a última hora se consideraba probable el triunfo de Hughes, con la consiguiente desesperación de Tarleton y su gente.

Aquella noche llegó a la pensión Roger Chilcote, que venía a Nueva York dispuesto a emprender una nueva vida de trabajo. Su madre había muerto hacía poco.

Fué afablemente recibido por Tarleton y Kip, y los tres se refirieron a las últimas noticias de la elección.

—Me alegro de que haya usted venido—dijo el padre—. Ya sé que está usted acostumbrado a mejores sitios, pero...

—Aquí me siento como en mi casa.

—Gracias. Suba con nosotros. Verá el cuarto que le tenemos preparado.

La habitación era modesta, pero a Roger le agradó.

—Cuando quiera algo, pídalo a Kip. El se encarga de todo en la casa. ¿Y qué? ¿Vamos a celebrar con una copita su llegada?

—¡No faltaba más! Precisamente ahí traigo unas cajas de whisky. Le tengo afición.

—Como yo. No hay más varonil afición. ¿Verdad, Kip?

Este hizo una mueca de desagrado. No bebía un solo sorbo. Roger sonrió y llenó unos vasos.

Paladeó Tarleton el licor y dijo sonriente:

—Disculpe a mi hijo. Es incurable.

—Tal vez haga bien.

Mientras bebían, llegaron varios amigos de Tarleton, quienes comunicaron la buena noticia del triunfo de Woodrow Wilson.

La celebraron con nuevas libaciones con excepción de Kip que se volvió a su mesa de trabajo, permaneciendo aislado de todo aquel bullicio.

\* \* \*

Los acontecimientos se precipitaban. Los Estados Unidos habían intervenido en la guerra y la nación se armaba hasta los dientes, mientras millares de voluntarios iban a engrosar las filas militares.

Para impedir la desmoralización que el alcohol podía ejercer sobre los soldados, unos cuantos políticos propugnaron por una ley para acabar con la fabricación de licores durante la guerra.

Cuando Tarleton se enteró de aquella proposición puso el grito en el cielo y en su protesta le acompañaron muchos de sus partidarios.

—Es un truco para meternos la prohibición. Pero el Congreso nunca aprobará una ley, como esa. Pues ¡no faltaba más!

Pero sus razonamientos tenían una base ingenua, por cuanto los enemigos arreciaban en la absoluta necesidad de su aprobación. Y en el Parlamento, numerosos diputados defendían esta tesis, exigiendo la aprobación de una ley prohibitiva de bebidas alcohólicas.

—¿Sois capaces de beber cuando nuestros soldados y nuestros aliados necesitan pan?—decían—. Cincuenta millones de sacos de trigo se malgastan anualmente en la fabricación de whisky. Debemos darnos cuenta de la situación.

La discusión fué empeñada, pero finalmente triunfó el criterio de la prohibición. Y una oleada de estupor invadió a la nación, pues nunca habían considerado que fuera posible una ley de tenor tan enérgico.

Tarleton, cuya debilidad por el alcohol era cosa probada, mostraba una indignación sin límites.

—¡La han aprobado! ¡Son unos cobardes! ¡Qué país!

—Número extraordinario—decía un amigo mostrándole la Prensa—. ¡Léanlo y pónganse a llorar!

—Es como una puñalada por la espalda. Será una reforma a la Constitución. Los Estados nunca la van a ratificar.

Pero una vez más se equivocaba, pues la mayoría de los Es-



tados ratificaron la ley seca, y algo más tarde, vino ésta a regir en toda la nación, provocando la protesta de la masa que encontraba en el alcohol su consuelo.

Roger trabajaba en algunos periódicos. Para él, que a pesar del trágico fin de su padre, no había dejado de sentir pasión por la bebida, fué un serio golpe la prohibición. Encontraba cada día menos gusto al trabajo. Llevaba una vida de vago y sólo se dedicaba a beber.

Cierta tarde llegó a la pensión la bella Persimon, la hermana de Roger.

En el hotel se encontraba únicamente Tarleton, el padre, quien al verla sonrió galantemente.

—¿Qué desea usted, señorita?

—¿Está el señor Roger Chilcote?

—No está en este momento. ¿La citó a usted?

—No. Pero le esperaré.

—Roger me lo confía todo. Puede esperar en su cuarto.

—Soy su hermana.

—Su hermana, ¿eh? Pase, pase.

¡Vaya con la niña! Pues no sabía disimular poco. Tarleton estaba seguro de que no había tal hermanita, sino que aquella mujer debía ser algún amorío del mozo. ¡Buen gusto tenía éste!

La acompañó a la habitación y después, al volver abajo, se encontró con su hijo que había estado arreglando en la carbonera una avería y que aún llevaba el rostro un poco embadurnado.

—¿No sabes? Una mujer espera a Roger.

—En esta casa, no—protestó Kip, creyendo en algún enredo amoroso.

—Es encantadora. Además, Roger es discreto.

—Esto es una casa honorable. La voy a echar.

Y creyendo que pudiera tratarse de una amante del joven se dirigió violentamente hacia el cuarto de Roger y la dijo con tono airado:

—No necesitaba usted quitarse la ropa. Salga de aquí.

—¿Yo? Pero si...

—No venga con historias. Salga de aquí.

Tarleton intervino.

—No se asuste. Saldré detrás de usted.

—¿Cómo es posible que se me eche? Es que acaso yo...

—Es usted bonita y parece decente, pero a mí no me engaña.

—Soy la hermana de Roger.

Dijo estas palabras con tal acento de convicción, que Kip comprendió el error en que había incurrido.

—Perdone, he creído...

—Ya sé lo que ha creído. Parece mentira que Roger viva en un sitio como éste. Por eso se arruina y no trabaja.

En aquel mismo instante apareció Roger y otro joven y tras el momento de estupor al ver a su hermana, la abrazó estrechamente.

—Pero, niña, chiquilla, ¿a qué has venido?

—Vamos a ir a vivir con tía Jennie. En Louisiana ya no nos queda nada después de la muerte de mamá.

—Bien. Ya hablaremos. Pero no te he presentado a Jerry, mi amigo.

Y señaló a otro muchacho que había llegado con él. Tras los saludos afectuosos, Roger propuso beber unas copas en honor de la recién llegada y aunque ella se opuso, se efectuó la libación.

—Kip hace como tú, Persimon. No bebe nunca—explicó.

—¿De veras?

Y la antipatía del primer instante se convirtió en inclinación.

—Sí. Es aún peor que tú. Actualmente quiere hasta hacerme trabajar.

—Y hace bien.

Bebieron, pero descubrieron que las botellas habían sido agudadas, y aunque todos dijeron ignorar quién había podido ser el autor de la bromita, la nerviosidad de Tarleton le delató a los ojos de todos.

El hotelero y su hijo abandonaron la habitación, no sin que el primero invitase a Roger a ir a un bar donde se podía beber bien. Dentro de breves días iba a regir la ley... y luego sería difícil encontrar ni un cuartillo de vino.

Entretanto, Kip afeaba a su padre lo que había hecho.

—¿Cómo te atreves a acusarme?—protestaba Tarleton.

—Porque es la verdad.

—¡Mi hijo acusándome de ladrón! Es terrible.

Llamó a Roger, y a pesar de las protestas de la hermana, los dos hombres se alejaron para ir al bar.

Quedaron a solas la joven y Kip. Entonces éste pudo comprobar que era una muchacha realmente encantadora, y ella también



experimentó nueva simpatía por aquel hombre que sabía apartarse de la tentación del alcohol.

Hablaron de sus padres y un nuevo lazo de simpatía les enlazó al conocer la identidad de vicios, que al padre de ella había llevado a la muerte y al padre de él al aborrecimiento del trabajo.

—Le tengo que pedir perdón...

—No hay de qué...

Y acabaron siendo los mejores amigos y ya ella no tuvo tanta prisa en marchar a casa de tía Jennie.

\* \* \*

Requerida por tía Jennie, Persimon se fué a vivir con ella, y también Roger. Pero éste en realidad vivía únicamente en los bares, entregado cada vez más a su constante vicio.

Había llegado el último día de libertad del tráfico alcohólico, y todas las casas expendedoras hicieron su agosto. Los últimos cinco minutos de aquella noche fueron impresionantes. Bebían con frenesí, con el dolor de vivir en lo sucesivo una vida a la que quitarían su sabor.

Pero desde aquel mismo momento comenzó el contrabando a deslizarse como una enorme serpiente por todos los sitios. Una nueva industria clandestina comenzó a proyectarse sobre la vida de la nación. Y lo mismo en los lujosos salones que en los tabernuchos humildes, era raro el sitio donde más o menos no se violase la ley.

En casa de tía Jennie se dió cierta noche un baile. Tía Jennie era una mujer distinguida, aristocrática, educada en las teorías de un mundo superior.

Persimon, que había seguido entrevistándose de vez en cuando con Kip, había invitado a éste a asistir a la fiesta.

Y el joven, enemigo de exhibiciones, se decidió, no obstante, gustosamente a concurrir a la recepción porque le interesaba todo lo que provenía de aquella mujer.

Por primera vez se sentía cautivado por una voluntad ajena y

femenina. Estaba enamorado como todo hijo de vecino que tiene su corazón.

Se dirigió a la lujosa mansión, donde ella le recibió cariñosamente. Luego le presentó a tía Jennie y a su prima Evelyn, que le recibieron con cierta frialdad, no considerándole como de su clase.

El baile estaba animadísimo. En una sala cercana se bebía de lo lindo. Roger formaba parte de aquel grupo, pues más que nada, lo que le interesaba era beber. Al contrario de Kip, que, ligeramente cohibido por aquel ambiente que adivinaba falsamente superior a él, buscó en el Baile con Persimon un motivo para llenar la soledad de su espíritu.

Mientras danzaba con ella, le murmuró tiernas palabras, aceptadas por Persimon con gratitud.

De pronto y cuando más entusiasmado se encontraba, acercóse otro joven que, con el derecho del baile robado, pidió a Persimon que bailase con él.

Ella, obligada por las reglas de la alta sociedad, no tuvo otro remedio que acceder y se excusó ante Kip.

—Baile con Evelyn.

Aunque la proposición le hizo poca gracia, se dirigió al encuentro de la orgullosa primita, que se hallaba en amigable charla con varios invitados.

—¿Quiere usted bailar, señorita?

Ella le contempló desdeñosamente.

—¿Baila usted bien?

—Para salir del paso...

—No tengo ganas... Gracias.

Una de las amigas añadió burlona:

—Puede que te enseñe su habitación en el hotel.

—¡Es verdad!—remedó Evelyn con cruel saña—. Un jarro de agua para el cuarto veintitrés.

Aquellas palabras fueron acogidas con grandes risas, y Kip, sintiéndose humillado, les miró de modo iracundo.

—Son ustedes una cuadrilla de estúpidos.

Y como siguieran las risitas, persiguiéndole como cohetes molestos, abandonó aquella casa, considerando que jamás podría penetrar como un igual en un mundo altanero y hostil. Ni siquiera se despidió de Persimon.





*La comida continuó en un plan alegre y correcto...*



*—Dame un par de dólares... Necesito para el taxi.*



*... murmuró tiernas palabras...*



*... intentaba en vano consolarle...*





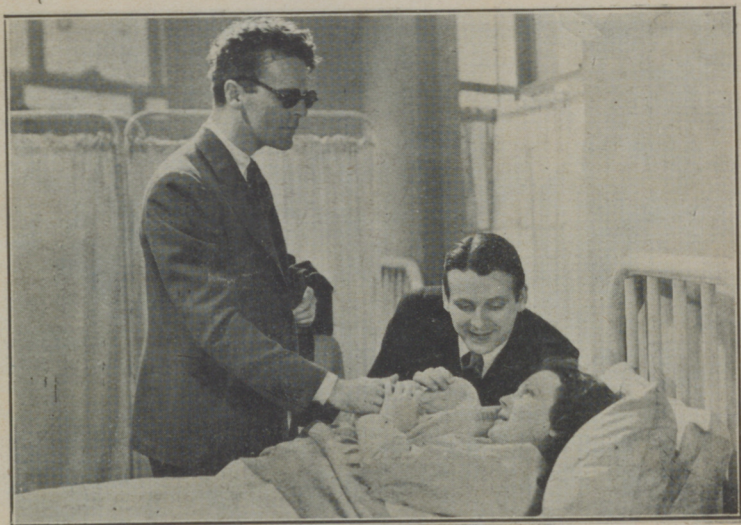
—Déjame luchar contigo...



—Vende zapatos que son una joya...



*... le examinó de una manera minuciosa.*



*—Has nacido en un mal momento, pequeñoñ...*



Iba con el alma entristecida, creyendo haber perdido para siempre a la mujer que amaba.

Llegó a su casa y encontró todavía despierto a su padre que se disponía a salir.

—Pero ¿dónde vas ahora?

—Estoy citado con unos amigos. Me esperan en el club.

—¿Crees que no adivino adónde vas? Lo que tú quieres es beber, padre.

—¿Y a ti qué te importa? Déjame. Tú viniste de muy mal humor. Queda en paz.

Y sin querer atender los razonamientos del hijo, se dirigió a la calle. Sin que su esposa lo supiera, le iba hurtando diversas cantidades, para poder comprar vino, que se había encarecido de manera extraordinaria desde que se decretó la ley seca.

Adquiría el alcohol en cierto establecimiento de comestibles, donde tras el despacho inofensivo, había una verdadera bodega.

¡Y qué vinos aquellos! Eran objeto de toda clase de falsificaciones y aquellas nuevas mixturas iban al cerebro y quemaban las entrañas de las pobres víctimas del vicio.

Tarleton entró en la tienda y entregó dos dólares a cambio de una pequeña botella que bebió, sintiendo como un fuego en todo su ser.

—¡Esto es muy malo!... ¡Malísimo!—protestó.

—¿Qué quiere usted por dos dólares? ¿Champaña? Gracias que le sirvan eso.

Sin protestar y bebiendo de nuevo aquel verdadero alcohol puro al que daban color unas gotitas de esencia, salió a la calle, sintiéndose con la cabeza cargada, y sobre los ojos como una nube roja que parecía nimbear de sangre cuanto veía.

Dirigióse a un bar donde se expendían aparentemente sólo bebidas refrescantes, y entre sorbo y sorbo, bebió aquel maldito alcohol que había de ser su ruina.

Allí permaneció hasta la siguiente mañana, bebiendo más y más, repitiendo sus libaciones en varias casas hasta perder por completo toda noción de la realidad.

Llegó a su casa, completamente borracho, con una embriaguez agresiva.

Al verlo entrar en aquel estado, su esposa y su hijo le recriminaron duramente, pero Tarleton, sin querer escuchar sus prédi-

cas y llevando aún debajo del brazo una botella de alcohol, se dirigió hacia el sótano para beber, llevado de su implacable vicio, unos últimos sorbos. Le siguió su mujer pretendiendo impedirle que continuara envenenando su organismo con aquellas mixturas mortales.

Kip hubiera ido también al lado de su padre de no haber llegado en aquel momento la hermosa Persimon, que, muy amablemente, con una exquisita dulzura, le manifestó su pesar por lo sucedido la última noche.

—¡Oh, no se excuse usted! Yo, yo tengo la culpa por ir allí. No soy de su clase—dijo Kip.

—Al contrario. Demostró usted ser superior a todos ellos. Hizo usted bien en marcharse. Si hubiera podido, también me hubiese marchado yo.

Aquellas tiernas palabras acompañadas de una sonrisa deliciosa, de una mirada en la que palpitaba el cariño, conmovieron profundamente a Kip que todo lo olvidó para ver sólo la luz que despedía su adorada.

Y, entretanto, en el subterráneo, marido y mujer sostenían una disputa violentísima.

—Eres un mal hombre—le decía la esposa, enfurecida—. Nos robas el dinero para comprar ese veneno maldito.

—Nadie me puede prohibir que beba.

—Pues si quieres beber, gana dinero... y no lo robes.

—Todo lo que hay aquí es mío, ¿entiendes?

Y aún bebió de la botella, que la esposa, justamente indignada, intentó arrebatarle.

No lo hubiera hecho nunca. Sintió Tarleton como un espolnazo violento y lanzando una maldición se arrojó sobre ella y la agarrotó por el cuello.

Por toda la casa resonó un grito terrible. Persimon y Kip se contemplaron horrorizados y adivinando algo espantoso se dirigieron hacia el lugar donde resonaba la voz. También los huéspedes se lanzaron a averiguar lo ocurrido.

Cuando llegaron, un espectáculo brutal se presentó ante sus ojos. Todavía el borracho sostenía entre sus manos engarfiadas el cuello amoratado de la esposa. Kip arrojóse contra él y de un terrible puñetazo le lanzó lejos, y acudió en socorro de su madre.

Desgraciadamente ya no había nada que hacer. La pobre había muerto. Enloquecido de desesperación, se arrodilló junto a su ma-



dre, besando con delirio aquellos ojos sin luz, aquella carita amada que no volvería a sonreírle.

Persimon intentaba en vano consolarle, mientras unos vecinos corrieron a advertir a la policía para que se llevaran a Tarleton que había quedado silencioso, en una inmovilidad de idiota.

\* \* \*

Meses después se celebró la causa. Un nutrido público concurría a la misma, ávido de emociones profundas. Con su aspecto de hombre alorado, Tarleton miraba sin ver cuanto ocurría.

Su hijo concurría a la vista en compañía de Persimon, que rechazando todas las opiniones contrarias, era ya su novia. Una novia a la que pronto llevaría al altar. Una novia que no se avergonzaba de él, pues sabía que no le tocaba la menor responsabilidad en aquella tragedia familiar.

Además, Kip necesitaba consuelo. Le habían matado a su madre... y el asesino era papá... Debía odiar a ese hombre... y así y todo, no podía.

El fiscal estuvo implacable, pero el defensor hizo un buen discurso, sacando buen partido de su difícil situación.

—Ese hombre ha bebido alcohol toda su vida. No le condenéis a él, sino a su vicio. La ley le prohibió beber alcohol... y entonces bebió veneno. La culpa es de los que prohibieron los buenos vinos y no saben atajar las infames mixturas que se expenden.

El presidente de la Sala, entre un silencio imponente, pronunció la sentencia.

—Este juzgado reconoce las circunstancias atenuantes que presenta el abogado defensor. ¿Tiene usted algo que decir antes de que se lea la sentencia?

Como Tarleton no contestase, siguió el juez:

—Queda usted sentenciado a cadena perpetua.

Un murmullo de aprobación se levantó entre el público, aunque algunos no se sentían contentos del todo. Abogaban por la ley de Talió, ojo por ojo. Aquel hombre debía morir, al igual que había hecho con su esposa.

Tarleton, convertido ya en un pelele sin voluntad, oyó sin inmutarse la condena. Al salir y pasar ante su hijo, sus ojos parpadearon y unas lágrimas se asomaron a ellos. Le miró con un gesto

en que había súplica, humillación y terror. Y Kip, a pesar del dolor experimentado por la tragedia, le habló suavemente, intentando consolar a aquel hombre sobre cuya vida se proyectaba ya hasta el fin el espectáculo del presidio.

—Te perdono. También te perdonaría mamá. Vendremos a verte. Ten ánimo.

Le estrechó la mano y le vió desaparecer, tambaleándose, pero esta vez de dolor... Y Kip sintió que otra mano se posaba sobre la suya y al volverse vió a Persimon que le sonreía con un gesto que le prometía fidelidad y amor.

\* \* \*

Kip liquidó los negocios del hotel. La sombra de la tragedia se cernía sobre la pensión y los clientes se retraían como si vieran visiones de pesadilla por todas aquellas habitaciones.

Se dedicaría a otros negocios. Como supiera que se estaba organizando una brigada para perseguir el contrabando, quiso alistarse en ella con el deseo de satisfacer su venganza contra los que habían expendido aquel alcohol satánico que enloqueciera a su padre.

Por última vez recorrió las habitaciones del hotel y aquel sótano donde se había desarrollado el drama. Y en aquella contemplación sentimental, le sorprendió su amada.

—Voy a perseguir a todos los que venden whisky. Les voy a deshacer a todos.

—Déjame luchar contigo. También mi padre murió víctima del whisky.

—Pero ¿crees que después de la sentencia de mi padre, puedes casarte conmigo? Tus parientes me rechazarán.

—Cuando una quiere de verdad, pasa sobre todo para su fin.

—Persimon. Me quieres de veras. Hace mucho que lo veo en tus ojos. Tus ojos no me mentirán nunca... son míos, como toda tú, Persimon...

Se abrazaron, con un deseo de unirse para vencer su tedio, su soledad espiritual. En aquel mismo sótano donde un día había resonado la angustiosa voz moribunda, ahora se oyó el susurro de palabras dulces que decían vida y esperanza...

Pocos días después se casaban. Persimon tuvo que reñir con todos los suyos, pero ¿qué le importaba si el mundo era él. Kip?



Y fueron a habitar una vivienda modesta, desprovista de comodidad, pero poetizada por el amor.

Deseoso de trabajar para ganar su vida y la de su esposa y también con un propósito justiciero, Kip se dirigió a ver al jefe del servicio de prohibición solicitando una plaza de agente.

Expuso los motivos que le obligaban a ello, y el jefe, que en el fondo era un escéptico, le aceptó de buen grado.

—Tengo agentes que se venden y necesitamos agentes honrados como usted. No podemos conseguir que la ley se cumpla... y es preciso hacerlo.

—Yo nunca faltaré a mi deber.

—Así lo espero. Trabajaré usted en compañía de Schilling. Es un hombre muy simpático. Voy a llamarle.

No tardó en presentarse Abe Schilling, un hombre joven aún, de facciones incorrectas entre las que destacaban una nariz descomunal. Pero era un hombre afable y bueno, valiente hasta la temeridad y dechado de policías leales. Al propio tiempo le acompañaba siempre un excelente humor...

—Tanto gusto en conocerle, compañero... ¡Je... je... je!... Encantado de ir en su compañía.

Y acompañó sus palabras con un chiste que hizo reír de buen grado a Kip.

—No se ría todavía. Los sé a millones. Ya tendrá ocasión de aprenderlos. Y qué, ¿muy animado?

—Bastante...

—Usted será como yo. Yo tampoco tenía experiencia al principio, pero ahora, no hay quien me atrape.

El jefe les rogó comenzasen su actuación y los dos agentes se dirigieron hacia los barrios bajos, encaminándose a cierto lugar de objetos de escritorio, donde bajo una industria inofensiva, tenía Schilling motivos para creer que había un depósito de bebidas.

—Hay que atrapar a esa gentuza.

—¿La detendremos?

—No. Nosotros sólo recogemos pruebas. La policía, una vez comprobadas, se encarga de lo demás. Pero sólo les imponen una multa y vuelta a empezar. Es mal asunto.

Entraron en la tienda. Se dirigieron a una mujer de aspecto desconfiado.

—¿Podemos calentarnos el estómago?

Pero la mujer, como si no comprendiera, les interrogó:

—¿Qué desean? ¿Lápices? ¿Tinta?

—Déjese de cosas... y al grano.

—No les conozco.

Schilling, con su aspecto inofensivo continuó:

—Acabamos de llegar de Chicago y queremos divertirnos.

—Pero...

—¿Conoces a Reilly?

—Sí, pero ¿por qué no ha venido con ustedes?

—No pudo.

La dueña no les creía aún del todo.

—¿Qué hace Bill Reilly?

—Vende joyas.

—Embustero. Es fabricante de calzado.

—Claro. Vende zapatos que son una joya...

Y su oportuna salida hizo reír a todos.

—¡Me los sé a millones!—se excusó el agente sonriendo y acariciando a la vieja.

—Es usted un loco, pero creo que puede pasar. Anden, adentro.

Abrió una puerta y penetraron en otra habitación. Un hombre con gesto sombrío salió a su encuentro.

—¿Qué quieren ustedes?

—Un poco de whisky. Lo queremos del mejor.

—Este acaba de salir del barco.

Y les mostró una botella intacta, con una etiqueta de cierto fabricante inglés. La destapó y llenó dos copas.

Schilling sabía que todo ello era falso, pues era en los mismos departamentos clandestinos donde se fabricaban toda clase de vinos, poniéndoles etiquetas de nombres gloriosos, como champaña de las ricas comarcas francesas, vinos de Oporto, vinos dorados de Andalucía.

Schilling apenas lo probó y vertió su contenido en un frasco que llevaba a prevención. Pero Kip, más ingenuo, probó unos sorbos y sintió que se asfixiaba y permaneció varios minutos tosiendo.

Conque del barco, ¿eh?—protestó Schilling después de dejar la botella sobre la mesa—. No hay cosa más mala en el mundo.

—Les aseguro que es auténtico.

—¡Farsante! Ya nos acordaremos para no volver más.

—¡Fuera de ahí! Aun gracias que os hayamos franqueado la entrada.



Al salir, Schilling felicitó a su compañero.

—¡Qué bien lo hiciste, querido! Haremos lo mismo en todas partes.

—Es la primera vez que bebo en la vida.

—¡Atiza!... Tenías que ser agente de la prohibición para beber...

Se dirigieron hacia un bar donde en apariencia nadie bebía. Pero, disimuladamente, los clientes pasaban hacia un recinto reservado donde se les facilitaba toda clase de venenos. Un policía se acercó al mostrador y sonriente aceptó un billete. La corrupción llegaba a la misma autoridad.

Varios muchachos salían del establecimiento, intentando a duras penas conservar su equilibrio.

—¡Qué lástima de chicos!—comentó Schilling—. Empiezan muy temprano. Antes de la prohibición no se veía eso... Pero no podemos hacer nada. Lo venden a la descarada.

El dueño sospechó de aquella gente, pues había sorprendido algunas palabras comprometedoras, y aunque ellos intentaron disimular hablando de cosas indiferentes, no pudieron evitar que de repente se les echaran encima y les obligaran a abandonar el local.

Pero Schilling tuvo la precaución de quedarse con el contenido de un frasquito que sacó de una mesa y que sería una prueba importante para obligar a la clausura del establecimiento.

Los dos agentes, puestos de patitas en la calle, se despidieron hasta el día siguiente, y Kip, contento de su nuevo oficio y ansiando perseguir a sangre y fuego a todos los contrabandistas, se encaminó hacia su casa.

Poco antes de llegar se le acercó un desconocido, quien le pidió fuego.

Se lo proporcionó y sorprendióse al oír que le preguntaba:

—Usted es Kip Tarleton, ¿verdad?

—El mismo.

—Mi enhorabuena por su nombramiento. Pero es una tontería lo que ha hecho. Estaría usted mejor con nosotros, los contrabandistas. Nuestro negocio será importante y podrá usted formar parte de él.

—No me interesa.

—Es para su bien. Los agentes lo pasarán muy mal. Les peligra la vida.

—Eso es cuenta mía. No de usted.

Y cortando bruscamente aquella conversación siguió su camino. Por nada ni por nadie del mundo dejaría su propósito de luchar contra los expendedores de veneno.

\* \* \*

Persimon había recibido una noche la visita de su hermano, que andaba metido en negocios no muy claros y que era víctima también de la bebida, envenenando rápidamente su organismo.

Roger había censurado a su hermana aquel casamiento y al enterarse ahora de que Kip ejercía de agente de la prohibición se indignó grandemente.

—¡Casada con un espía! No podías llegar a menos.

—No hablemos de esto, te lo ruego. ¿Viniste a buscar dinero? Sé que no debes andar muy bien. Toma este billete.

—Gracias, no lo necesito. Tengo todo lo que quiero.

—¿Cómo es posible? ¿Te dedicas al contrabando?

—¿Por qué no?

—No me gusta esa vida.

—Claro, vivimos en mundos diferentes.

—¿Es cierto que vives con una mujer?

—Sí, es cierto, pero tú no lo comprenderías.

—No digas más. Sé lo que es...

—Pues si te interesa, debes saber que la quiero.

—Muy bonito. Se llama Eileen, ¿no? Ya la habías rondado.

—Ella es... ¿y qué?

—Que no es mujer para hacer feliz a un hombre.

—Eres una fanática. Sólo hablas por tu marido.

En aquel momento llegó Kip, y los dos cuñados se saludaron fríamente. Roger marchó en seguida y entonces Persimon, olvidando lo desagradable de aquella visita, le dijo sonriente a Kip que tenía una sorpresa que darle.

—¿Cuál es la sorpresa? ¿Algo de comer?

—El próximo junio vas a estar muy contento... loco de contento.

Y sus manos se movían como si acariciasen de modo maternal. El comprendió y la besó en los labios.

—¿Pero con tan poco sueldo?

—Otros ganan menos y tienen varios hijos.

—¡Qué alegría me das!



Riendo, le dió un pequeño empujón e inmediatamente la suplicó:

—¡Ay, perdóname!... Te he empujado... ¿Acaso?...

—No tengas miedo, tontín. ¡Si no es nada!

—¡Si vieras qué alegre estoy! Mira, precisamente he invitado hoy a Schilling a comer. Es un buen amigo... un gran amigo...

—Encantada de que lo hayas hecho.

No tardó Schilling en presentarse, siempre con su carácter bullicioso.

Le comunicaron la fausta nueva y les felicitó con verdadera sinceridad.

—Sois un buen par... Bien aprovecháis el tiempo. ¡Ah! a mí también me gustaría tener chicos... pero ya hay demasiados guapos en el mundo.

Y la cena transcurrió alegremente y la sobremesa se prolongó hasta más de media noche, porque Schilling era un arsenal de palabras divertidas y no se cansaba de oírle. Tan agradable les resultó que prometieron volverle a invitar en breve.

\* \* \*

Grandes comerciantes se habían puesto de acuerdo con contrabandistas de baja estofa para explotar el negocio del alcohol. Montaron verdaderas destilerías clandestinas, adquirieron barcos para poder servir de un lado a otro los grandes pedidos, las peticiones innumerables.

Estaban dispuestos a todo para mantener a flote su negocio. Habían puesto a su servicio un importante grupo de "gangsters" de los más bajos fondos, gente que no entendía de escrúpulos.

Una noche se celebró en un importantísimo club una cena amenizada por toda clase de vinos. El club era dirigido por Eileen, la amante de Roger.

Schilling, disfrazado con una larga barba y haciéndose pasar por un diplomático, concurría a la fiesta. Había organizado bien las cosas. La policía rodeaba el club y a su llamada iban a irrumpir y a destrozarlo todo.

Roger estaba también allí, sintiéndose dominado por Eileen, que mandaba sin permitir la menor observación.

Eileen presentó a los concurrentes a Schilling, al que creía el conde Vaidroff de Bulgaria.

Cuando la fiesta estaba en su mayor apogeo, Schilling se le-

vantó y se hizo un gran silencio. Todos creyeron que iba a pronunciar un discurso, seguramente en su idioma búlgaro. Pero en perfecto inglés y ante la sorpresa general, dijo:

—Este establecimiento está bajo la custodia de los Estados Unidos. Lo siento, pero la fiesta ha terminado.

Y quitándose la barba, tocó un silbato, y se produjo enorme confusión. Apareció la policía llevando al frente al agente Kip, impidiendo que nadie se moviese.

—Recojan todas las pruebas y destruyan el bar.

Y los agentes, provistos de hachas, destruyeron el innumerable arsenal allí almacenado.

Eileen, enfurecida por el fracaso de aquella sesión inaugural, suplicó a su amante:

—Están destruyéndolo todo. Haz algo, Roger.

El joven avanzó hacia su cuñado y le rogó:

—Vamos, Kip, diles que se vayan.

—No puedo. Me lo han ordenado. Y lo siento, pero te tengo que detener juntamente con todos los demás.

—¡Vaya un oficio! Metiéndote en asuntos ajenos.

Acudió Eileen, y viendo que eran inútiles sus súplicas, abofeteó bruscamente a Kip. A punto estuvo éste de contestar a la agresión, pero era incapaz de pegar a una mujer.

Se llevaron a todos los detenidos y ya en jefatura y después de haberles sido impuesta una fuerte multa, les dejaron en libertad.

Schilling, aludiendo al bofetón recibido de Eileen, decía a Kip:

—Le debías haber dado sin consideraciones.

—Era una mujer.

—¿Y qué importa?... Primero se le da un puñetazo. Después se le pide perdón.

Kip sonrió y volvió a su casa, ocultando a su esposa lo ocurrido. No quería darle ese disgusto.

Cuando Roger y su amiga fueron puestos en libertad, ésta recriminó duramente al joven:

—Nunca pasé tanta vergüenza.

—Sabes bien que no pude evitarlo.

Cansado de la inútil discusión, Roger se separó de su amiga y se dirigió hacia otra expendeduría clandestina donde pidió whisky del más fuerte.



Bebió largamente y le aseguraron que se trataba de un whisky especial, salido del almacén y absolutamente legítimo.

El comprendió que era algo terriblemente malo, pero no quiso discutir y bebió hasta casi no poder tenerse en pie.

Y regresó a su casa, donde Eileen le recibió de malísimo humor. Aún le duraba su indignación e hizo víctima de ella a Roger, que sentía la sangre abrasada por la mortífera bebida.

—¡Qué nohecita!—exclamaba ella—. Y aún vuelves borracho para acabarlo de arreglar.

—¡Oh, déjame! ¡No sé qué tengo!... Me duele la garganta. Me arden los ojos...

Su actitud comenzaba a ser impresionante. Sus ojos estaban rojos, inyectados en sangre y todo él se estremecía como bajo el influjo de una fiebre altísima.

Ella le miró con miedo.

—Pero ¿qué tienes?

—Me siento mal... muy mal. ¡Ese whisky... qué daño me ha hecho! ¡Por favor, pronto, dame un vaso de agua!...

Eileen le dió lo pedido, que él bebió con afán, cayendo luego en un estado de sobreexcitación.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Estás representando una tragedia?

—Déjame. Ese maldito whisky... ¡Dios mío! Yo lo veo todo oscuro... muy oscuro... Dime, ¿es que apagan las luces?

—No...

—Pues eso es espantoso... No veo... No veo apenas nada...

¡Ah, ella sintió el escalofrío del terror! El whisky tomado quizás con exceso había herido los órganos oculares de él y le cegaba de repente.

—Eileen, ¿dónde estás? ¡No veo! ¿Oyes? ¡No veo!

Demasiado comprendió ella. Los licores habían aniquilado aquellos ojos juveniles. Los venenos implacables acababan de destrozarle para siempre.

Y mujer fría, que nunca sintió verdadero amor por nadie, que odiaba la desgracia, salió de puntillas, y le abandonó a su destino, no queriendo cargar con la responsabilidad de quedarse con un hombre inútil.

\* \* \*

Las manos amorosas de Persimon y de su marido acogieron a Roger en su desgracia. Estaba ciego, pero tal vez aún hubiese al-

guna esperanza de recobrar el maravilloso sentido. Ahora, en su triste noche, comprendía Roger las consecuencias de su vicio que era en su familia como una maldición.

Estuvieron a visitar a un eminente especialista, quien le examinó de una manera minuciosa.

—¡Ah, 'cientos de casos como éste desde la prohibición!—lamentóse el sabio—. ¿Y saben quién tiene la culpa? El Gobierno. Pone veneno en el alcohol para que no lo puedan beber, y a veces a los contrabandistas se les olvida quitarlo.

El doctor procuró engañar al enfermo, hablándole de la posibilidad lejana de una curación, pero hizo seña al matrimonio de que no quedaba la menor esperanza. Y Roger no se dejó engañar.

—Nunca volveré a ver el sol.

Y fué inútil que intentaran consolarle.

Su hermana y su cuñado le obligaron a ir a vivir con ellos; y en lo sucesivo, el pobre Roger aprendió a leer por el método de Braille y aceptó con resignación su desgracia.

El espectáculo de Roger, inútil para el trabajo, producía en el ánimo de Kip un deseo de exterminar a los contrabandistas.

—Voy a meterlos a todos en la cárcel. ¡Ah! Esa ley ha acabado de empeorar las cosas. Hay más tabernas que antes de la prohibición. Las cosas no estaban bien antes... pero había buen licor... mientras que ahora todo es veneno.

Kip perseguía implacablemente a los violadores de la ley. Una tarde le advirtió de nuevo un sujeto de mala catadura lo peligroso de su misión.

—No nos moleste... pues puede ocurrirle algo grave.

—No temo a nada ni a nadie.

Y aquella noche, despreciando absolutamente el peligro, realizó una nueva "razzia" por determinados establecimientos.

Al volver a su casa, su cuñado, que como contraste con la guerra parecía habérsele encendido el alma con buenos sentimientos, le informó:

—Persimon ha tenido que ir al hospital...

—¿Ya?

Y una alegría loca se apoderó de él al par que una inquietud vivísima. Iba a tener un hijo.

A los pocos momentos se encontraba en el hospital y experimentaba las angustias de la espera. ¿Iría todo bien? Preguntaba a



las enfermeras que, acostumbradas a clientes impacientes, sonreían y le infundían esperanzas.

Vió pasar a su esposa a la que conducían en camilla a la sala de operaciones. Corrió hacia ella y la sonrió dulcemente.

Persimon se hallaba muy emocionada, sentía próxima la maternidad.

—Nena... ¿cómo estás? ¿Cómo te encuentras?

—Bien... no es nada — respondió con una sonrisa pálida—. ¡Bésame!

Le dió un profundo beso, y confortada con esa caricia, se sintió con más valor.

¡Con qué impresionante emoción esperó aquella hora! Iba de un lado a otro del corredor, procurando inútilmente distraerse.

Un individuo se le acercó lentamente.

—¿También esperando?

—Sí, pero vaya una espera.

—Ya se acostumbrará. Yo he estado aquí tres veces... Mientras aguardamos, ¿quiere venir a tomar un café conmigo?

—Pero y si entretanto...

—Esas cosas siempre se retrasan... Volveremos en seguida.

Se dejó convencer y salieron.

—Subamos a ese coche. Iremos a un café de la avenida...

Iba a decir que no quería alejarse, cuando súbitamente se sintió encañonado por una pistola y vió que aquel hombre le miraba de una manera brutal.

Había caído en una celada. Sin que pudiera hacer el menor movimiento, tres hombres más se arrojaron contra él y le empujaron hacia un coche.

—¡Canallas! ¡Dejadme ir! ¡Canallas!

—No... Ya es tarde... ¿Creías acaso poderte burlar impunemente? Te avisamos que no nos persiguieras y no obedeciste... Pues paga las consecuencias.

Kip, furioso, intentó pedir socorro.

—¿Te callarás, maldito?

Le obligaron a entrar en el coche. Abe Schilling, que rondaba por aquella calle, vió a Kip y lanzó un grito de furor:

—¡Oh! ¡Si es mi amigo, mi compañero!

Y haciendo detener un taxi dió orden de que se lanzase en persecución del otro automóvil que había emprendido veloz marcha. Y unos guardias le siguieron también en otro coche.

Con las luces apagadas el auto de los contrabandistas avanzaba como un bólido.

—¡Dejadme ir!—gemía Kip—. Mi mujer está en el hospital. ¡Dejádmela ver primero!

—Vamos a castigar a los espías como tú...

Pero no pudieron cumplir su venganza. Los coches policíacos eran muy potentes y pronto pudieron darles alcance. Dispararon los bandidos, pero Schilling disparó a su vez e hizo estallar un neumático, produciendo la instantánea detención del automóvil.

Los facinerosos intentaron huir, pero antes de hacerlo envolvieron en un diluvio de balas al pobre Schilling que cayó inerte.

La presencia de otros guardias impidió su fuga y todos quedaron detenidos.

Kip corrió hacia su infortunado amigo.

—Schilling, levántate, no será nada.

Aquel hombre siempre risueño y amable, intentó aún sonreír en su último momento de vida.

—Sí, es... Todo inútil... Me muero... Oye... te pido... que... dejes este oficio.

—No hables, querido. Te fatigas. Vamos a llevarte al hospital.

—No vale la pena ya... Prométeme que vas a dejar este oficio. Es muy peligroso... Y ahora... lo que importa eres tú, tu mujer... y tu hijo.

—Ánimo, Schilling, pronto te pondrás bien.

—No... ya no... ¿Ves? ¿Has oído hablar del gato que tenía siete vidas? Es gracioso. Me los sé a millones... Yo...

No pudo decir más. Sus labios hicieron una última mueca.

Y Kip lloró sobre él verdaderas lágrimas de amistad.

\* \* \*

Cuando volvió al hospital le informaron de que todo había ido bien. Roger había llegado poco antes, haciéndose conducir por un vecino amable.

Entró emocionado en la habitación y se enterneció al ver a su esposa y al heredero... un niño de ojitos negros y cabello oscuro.

Besó conmovido a la esposa adorada y allí mismo le prometió dejar su peligrosa profesión y buscar otra exenta de peligro.



En lo sucesivo no podía comprometer su vida, pues se debía a la familia que había creado.

—Has nacido en un mal momento, pequeñín—dijo sonriente—, pero antes de que seas hombre ya todo estará solucionado... Y cuando seas mayor no sabrás lo que es la prohibición.

Ella acarició sus manos.

—¡Que Dios te oiga, Kip!... ¡Y que para siempre haya paz!

Y también Roger, la víctima infortunada, besó el rostro del sobrinito y con los ojos del alma comprendió la felicidad de aquel hogar en que sólo florecía el amor.

## FIN

### Números publicados:

CHANDÚ, por Edmund Lowe, Irene Ware, etc.

EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan

NO QUIERO SABER QUIÉN ERES, por Gustav Froehlich  
y Liane Haid

LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy

¡ALÓ, PARÍS!, por Josette Day, Germaine Aussey, Wolfgang Klein, etc.

PAJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.

LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebuhr, etc.

UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Pré-jean, etc.

DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, Ernest Torrence, Lew Cody, etc.

EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett.

RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, etc.

ABISMOS DE PASIÓN, por Jean Harlow, Mae Clarke, etc.

LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakefield, Robert Forgyharson, Renée Clama, etc.

EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, Constance Cummings, Donald Dillaway, etc.

EL HOMBRE QUE VOLVIO, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, Mona Maris, etc.

SEIS HORAS DE VIDA, por Warner Baxter, Miriam Jordan, John Boles, etc.

EL ETERNO DON JUAN, por Adolph Menjou, Irene Dunne, Olga Blacanova, Neil Hamilton, etc.

EL BAILE, por André Lefaur, Germaine Dermoz, etc.

MI CHICA Y YO, por Joan Bennett, Spencer Tracy, etc.

AVENTURA DE UNA MUJER BONITA, por Lil Dagover, Hans Rehmann, etc.

Sea usted lector de las selectas e inimitables  
EDICIONES ESPECIALES de LA NOVELA SEMA-  
NAL CINEMATOGRAFICA

**Acaban de aparecer:**

**LA PRINCESA SE DIVIERTE**

por Martha Eggerth

**LA MANO ASESINA**

por Ben Lyon, Bárbara Weeks, Kenneth Kenyon, etc.

**EL REY DE LOS GITANOS**

por JOSÉ MOJICA, Rosita Moreno, etc.

**EL SARGENTO X**

por Ivan Mosjoukine, Suzy Vernon, Jean Angelo, etc.

**LOS SEIS MISTERIOSOS**

por Wallace Beery, Lewis Stone, John Mack Brown, etc.

**ESTA EDAD MODERNA**

por Joan Crawford, Pauline Frederick, Neil Hamilton, etc.

**LA NOVIA DE ESCOCIA**

por Marta Eggerth, Leo Slezac, Hans Brausewetter, etc.

— y —

**BESOS AL PASAR**

por Norma Shearer, Robert Montgomery, Neil Hamilton, etc.

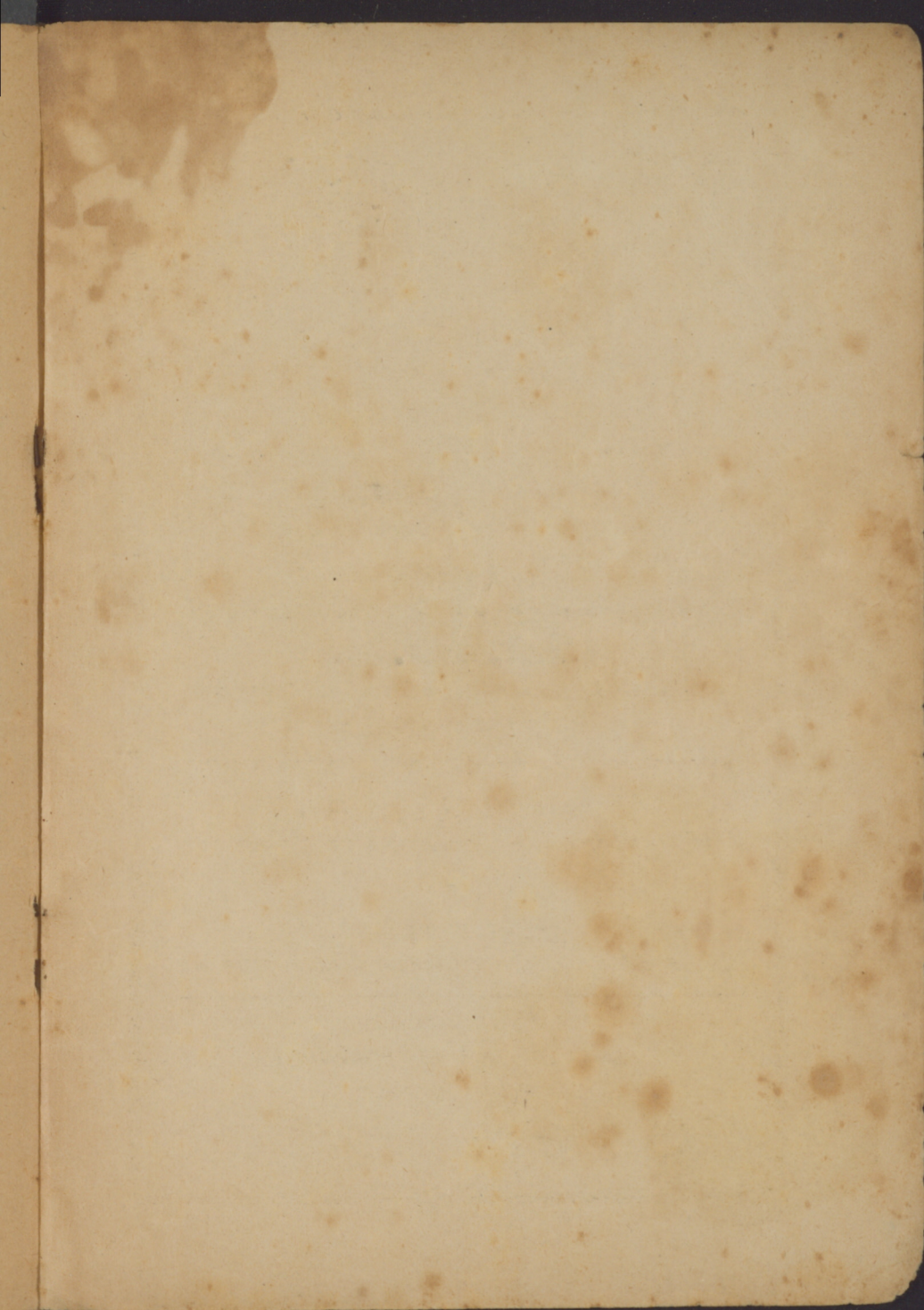
**¡Siempre lo mejor!**

**¡No se deje sorprender!**

**Exija siempre**

**Ediciones Bistagne**  
**Paseo de la Paz, 10 bis.-Barcelona**





125  
61  
625  
750  
8125

E. B.